



Costumbres privadas

Con estas palabras Agustín Zapata Gollan describe a una de las figuras claves del nuevo orden americano, el conquistador: "...entre blasfemias y plegarias iban aquellos hombres en una dolorosa peregrinación atravesando el infierno de sus miserias con la mirada fija en un oasis que les levantaba y sostenía. Sólo las figuras alucinantes y torturadas de España pudieron trillar así el camino de las Indias. No tenían la mesura y el equilibrio de los hombres de negocio, sino el dinamismo que requería la empresa descomunal que realizaban". Habían abandonado una España "guerrera y mística" movidos, en su mayor parte, por la codicia o el "espíritu de cruzada" propio de ese país y de esos tiempos. Conquistaron tierras extrañas buscando lugares donde la realidad se mezclaba con la leyenda. Fundaron ciudades en las que convivieron con otros hombres y mujeres a partir del establecimiento de relaciones económicas, políticas y culturales de dominación. Dice Zapata Gollan "Entre los conquistadores había hombres de toda laya y catadura, truhanes, mendicantes y perdularios de vida estrafalaria y pícara que sólo buscaban acrecentamientos y medros personales; soldados de costumbres relajadas y sueltas que entonaban "coplas viciosas de amores, pecadores y llenas de mocedades", aprendidas en todas las mancebías de España; y caballeros y cortesanos atildados y pulcros, codiciosos de tesoros y joyas, valientes y esforzados en la guerra que sabían nutrir sus discursos con doctas sentencias acerca de las vanidades terrenas"

La Santa Fe del período colonial temprano fue una ciudad relativamente pobre, en donde los días transcurrirían en una aparente rutina de calma pero esa tranquilidad y quietud se encontraría, muchas veces, sacudida por disputas, intrigas, pleitos y pasiones, que involucraban a estos soberbios y orgullosos hombres. Las disputas se originaban, en su mayor parte por intereses materiales pero sin duda también por celos frente al amor de alguna mujer, sobre todo el de las hermosas indígenas. Apunta Zapata Gollan "Los conquistadores vivían como moros (...) pues algunos tenían hasta veinte mujeres indígenas (...) Perdidos en la vastedad misteriosa de la tierra dejaban retozar la tropilla cimarrona de sus instintos. Semejaban tipos de aquelarre cuando se disputaban desafortadamente el amor de hermosas guaraníes matando y mutilando por celos, no sólo a los indios, sino también a los mismos cristianos. En los coros que se formaban

en las horas tediosas del atardecer, era el tema obligado de las conversaciones. Allí se hablaba de muchas cosas, entre ellas de las correrías amorias de los capitanes” .

En Santa Fe, la primera ciudad urbanizada del Río de la Plata, los habitantes llevaban una vida sencilla, conociendo las apretaduras de la pobreza. Las casas, generalmente, tenían una sala y dos aposentos, con sus corredores y colgadzicos; la cocina y una despensa en el patio y luego el traspatio y el corral rodeado de tapias. El perchel servía de depósito de cueros o de las fanegas de trigo, herramientas y alguna canoa. La provisión de agua para el consumo se hacía por acarreo de baldes desde el río; las familias que habían caído en la desgracia de la pobreza lo hacían de noche para no mostrar la vergonzante falta de sirvientes, posteriormente el agua, era depositada en grandes tinajas o en jarras para aseo personal.

En lo que se refiere a la higiene se recurría al río, lo que hacía que no fuera una práctica cotidiana en los meses de invierno, mientras que en verano esta actividad resultaba un encuentro diario de los distintos estratos sociales.

Las actividades diarias dependían de la ubicación en el tejido social y del género, los hombres se ocupaban de los oficios capitulares, del cultivo de las chacras en tierras próximas a la ciudad, de las vaquerías, del comercio y de oficios como herreros, carpinteros, sastres, etc., indispensables para la vida en la ciudad; entre tanto, las mujeres se dedicaban a las tareas domésticas y a las labores.

Las apacibles jornadas se conmovían cuando repicaban las campanas los días de fiesta, llamando a los procesiones que ordenaba el Cabildo ante el peligro de los desbordes del Paraná, o de una epidemia de tabardillo, o por las



mangas de langostas que oscurecían el sol y talaban los sembrados o por la plaga que iba acabando con las viñas o por la muerte de algún vecino. El redoble de un tambor que anuncia la lectura de un bando también inquieta a la ciudad: puede ser para llamar a una muestra de armas para la guerra contra el indio o para el socorro de Buenos Aires amenazado por piratas que merodean en el Río de la Plata.

La presencia de seis iglesias y el hallazgo en las excavaciones de numerosísimas medallas religiosas, más los rosarios, cruces, crucifijos y otros objetos vinculados con la Fe indican que estos santafesinos conformaron un pueblo devoto, aunque no todas sus creencias se vinculaban a la Fe católica, también se exhumaron en las ruinas de la primitiva ciudad amuletos y talismanes relacionados con magia y supersticiones, como higas, veneras, ouroborus, etc.

Las calles polvorientas de la vieja ciudad quedarían desiertas a la hora de la siesta, costumbre que aún perdura entre los santafesinos, y recién más tarde se comenzaría nuevamente con las rondas de mate, que degustaban en tazones alargados llamados bernegales.

Aclaraciones y vocabulario

Agustín Zapata Gollan: (1895-1986) abogado, xilógrafo, poeta e historiador santafesino que, a partir de 1949, siendo director del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales, exhumó las Ruinas de Santa Fe la Vieja.

Mancebías: burdel.

Perchel: galpón donde se encontraba la atahona y enseres del campo.

Tabardillo: fiebre grave con síntomas nerviosos.

Muestra de armas: exhibición que hacían los vecinos de las armas con que contaban para defender la ciudad.

Higas: amuleto difundido por los árabes en España, muy usado por la realeza en las joyas. Servía para conjurar el mal de ojo.

Veneras: o valva de marisco, fue uno de los más antiguos amuletos, se lo usaba para librarse de los peligros y accidentes de viaje.

Ouroboros: anillo que representa a una serpiente mordeándose la cola, es símbolo de la naturaleza y de la vida en su continuo retorno, que del final de cada ser hace surgir un nuevo símbolo de vida.

Textos

Paula Busso y Rosalía Aimini. Servicios didácticos del D.E.E.C y Asociación Amigos de S.F.L.V. Marzo de 2003